



MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(XII)

Estaba yo en pleno sueño cortical a las 2,30 de la madrugada, hora de Chelsea, cuando, de pronto, se abre el postigo de mi habitación y salta al interior un guapo mozo con los ojos brillantes, brillante la gorra de hule, brillante su frente por el sudor, brillante la pistola con que me apuntaba.

—Chist. Soy un patriota irlandés. O se calla o no vacilaré en matarla.

—¿Cómo te llamas, guapo?

Le dije yo con mucha calma aparente, pero con las madrigueras del alma hechas un «chuf, chuf».

—Eamon. Eamon de Valera.

—Ese apellido me suena.

¿No serás español?

—Mi familia.

—Mi familia también. Incluso yo.

Nos abrazamos efusivamente. En la calle se oía la rota carrera de los guardias de la porra ingleses. También creí oír pasos en la grava del jardín.

—Métete en la cama, Eamon, que se acercan.

Se metió en la cama y le tuve escondido allí durante quince días. Era un chico ávido de conocimientos, muy

majo, pero algo reaccionario. Por ejemplo, se molestaba porque yo cantaba en el «music-hall».

—No me gusta que te exhibas por ahí semidesnuda.

Yo vi venir el lío desde el principio, pero me gustaba el chico, y además nos unía una cierta dosis de paisanaje, con la ventaja en su favor de que no tenía nada que ver con la generación del 98. Pero un día me levantó la voz, y eso sí que no. Le tiré un corsé de ballenas por la cabeza y quedó conmocionado. Yo tenía que ir a mi trabajo, y cuando volví ya no estaba. Encontré una nota en la que decía:

«Entre Irlanda y tú, debo elegir a Irlanda».

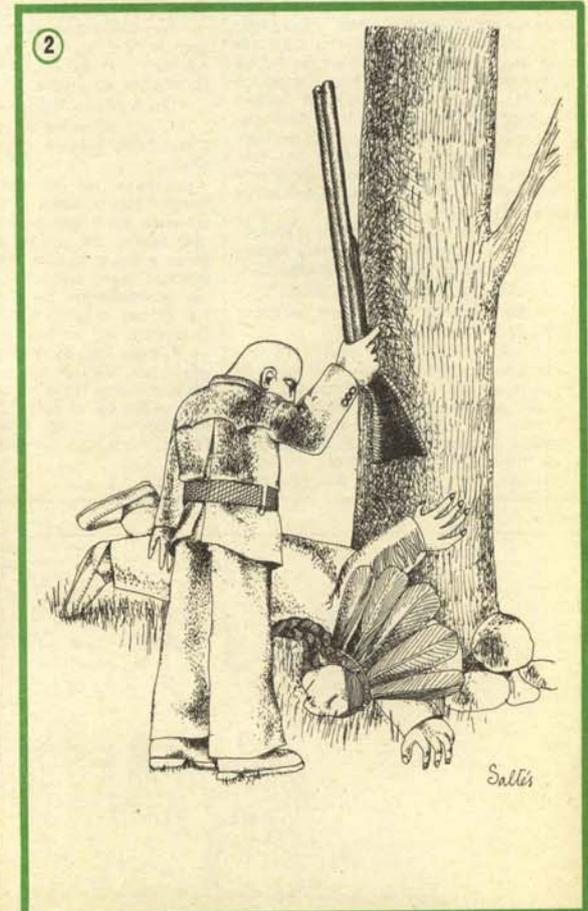
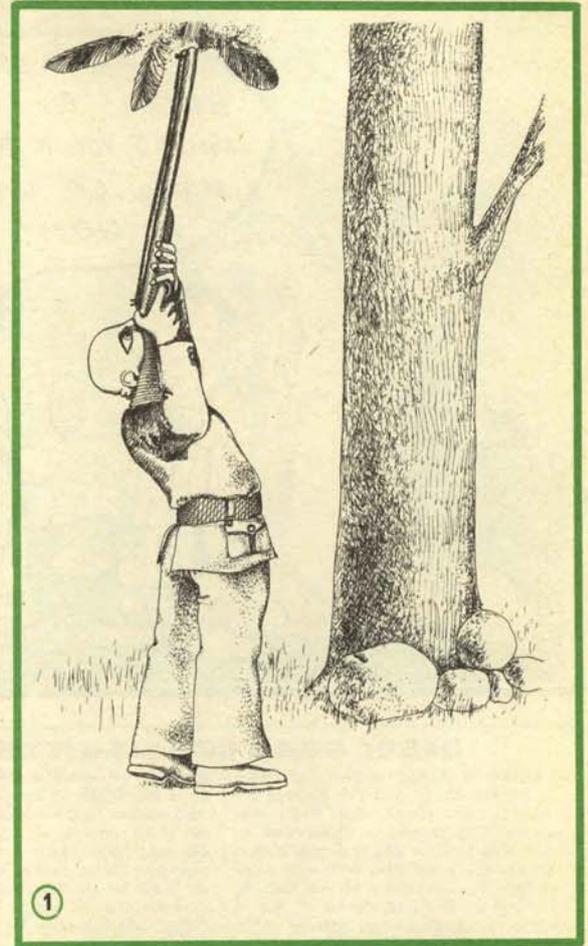
Yo me quedé muy triste. Sobre todo cuando Churchill me contó, semanas después, que agentes del Servicio Secreto británico se habían enterado que Eamon iba diciendo pestes de mí. Que si me había dejado porque era una quedona. Que si mucho presumir de española, pero tenía costumbres francesas. Que, desde luego, yo no era una chica para casarse y tener hijos. Yo me dije: un día me las pagas, patriota. Tuve ocasión

un año después. Aprovechando una tregua, Eamon recuperó sus derechos constitucionales y vino a verme actuar. Yo le vi desde los bastidores, sentado entre su madre y su novia formal. Es la mía. Salí, clavé mis ojos en los setenta centímetros que mediaban entre los suyos y su bragueta, y le canté:

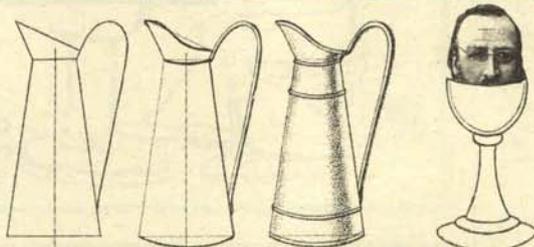
«Ya sé que vas pregonando que por tus amores yo me vuelvo loca, y vas diciendo a la gente que tú me has dejado pa irte con otra».

Aguantó hasta que dije aquello de: «... que limosna también se da a un pobre, y tú un pobre has sido». Todo se lo canté en correctísimo inglés, y al llegar a este punto se levantaron los tres, se persignaron y se marcharon fingiendo una dignidad que, la verdad sea dicha, a mí ni fu, ni fa. Pero no pude aguantarme y les dije lo primero que encontré en el desván de mi memoria, donde guardo el repertorio de desvergüenzas de mi madre. Entonces Eamon no pudo contenerse y me lanzó un cóctel pre-Molotov

(Continuará)



SENCILLO
MÉTODO
PARA DIBUJAR
A UN SEÑOR
QUE ESTA
COMO
UNA REGADERA



LE ACOMPAÑO EN EL SENTIMIENTO, REPITO, LE ACOMPAÑO EN EL SENTIMIENTO, REPITO, LE ACOMPAÑO EN EL SENTIMIENTO, CORTO Y CAMBIO.

